

Presentación

JAVIER MOSCOSO Y ANTONIO PARRA

En la imagen que hemos elegido para ilustrar este número monográfico, el anatomista ilustrado William Hunter expone en su *Atlas anatómico* uno de los lugares comunes de las representaciones iconográficas del mundo moderno. Lo interesante de esta imagen es que el efecto de objetividad se superpone a la necesidad de verosimilitud por medio de un conjunto calculado de recursos argumentativos. Hunter, para empezar, ha mutilado el cuerpo de la mujer que le sirve de testigo y ha recompuesto una escena dramática donde la imagen anticipa el lenguaje mismo de los hechos. El carácter fragmentario del cuerpo contribuye a liberar la escena de concreciones espacio-temporales y, en consecuencia, también de rasgos propios y privados. El cuerpo de esta mujer, una de las trece que fueron diseccionadas para la realización del libro, se transforma, por una superposición calculada de recursos argumentativos, en el cuerpo de una mujer cualquiera.

Por supuesto que el uso de imágenes en el ámbito del razonamiento científico no es propio del mundo ilustrado. También los anatomistas del Renacimiento establecieron una prioridad absoluta de la mirada sobre cualquier otra forma de saber y, especialmente, sobre la autoridad testimonial. Piénsese, por ejemplo, en el famoso frontispicio del *De humanis corporis fabrica* de Andrea Vesalio [1514-1564]. El cirujano ha tomado el cuchillo y disecciona, como un nuevo Nerón, las entrañas del cadáver de una mujer ante el murmullo de los que se agolpan alrededor de la mesa. Aquí también, como en el grabado de Hunter, la intimidad se expone ante la mirada pública. Al contrario que en el caso del anatomista inglés, sin embargo, el lugar en el que tiene lugar esta nueva forma



William Hunter, *Anatomy of the Human Gravid Uterus*, Birmingham, 1774.

* En la coordinación de este número participó de manera muy significativa Adelaida Galán, a quien desde aquí manifestamos nuestro más sincero agradecimiento.

de revelación no constituye un lugar de reclusión o de silencio marcado por la ausencia directa de observadores y testigos. Más bien al contrario, a la manipulación del cuerpo muerto se ha unido también la modificación de la composición social y del espacio que permite y que genera el desarrollo de la ciencia. En el caso de Vesalio, la sociedad civil invade la esfera de lo privado o, como en este caso sucede, de lo más privado.

La distancia que separa el frontispicio de la *Anatomía* de Vesalio de la imagen del *Atlas anatómico* de Hunter es la misma que separa el mundo de las evidencias de la cultura de la objetividad. Si todavía añadiéramos a estas dos representaciones alguna otra imagen proveniente de una ecografía o, más aún, de una resonancia magnética nuclear o de una tomografía de emisión de positrones, habría quien juzgaría que cada vez estamos más cerca de los hechos, por más que todas esas formas de visualización no constituyan sino prefiguraciones o configuraciones de valores epistémicos que se desarrollaron mediante procedimientos técnicos más o menos sofisticados. Es decir: por más que esas imágenes sean inseparables de las prácticas y de las formas de conocimiento que las producen y las consumen.

A propósito las preguntas que surgen en torno a estas imágenes, y a las categorías conceptuales que las hicieron posibles, tuvieron lugar en Murcia en mayo de 2001 unas Jornadas, organizadas por Antonio Parra y Javier Moscoso, sobre «El mito de la objetividad» —una paráfrasis del conocido texto del filósofo norteamericano Donald Davidson «El mito de lo subjetivo»— que pretendían servir de provocación para generar lo que el erudito italiano Muratori denominaba un espacio gentil, conversable, en torno a los problemas y los objetos del conocimiento¹. Había que poner de manifiesto hasta qué punto nuestros grandes referentes epistemológicos —como la demostración, la experimentación, la prueba o, más especialmente, la objetividad—, dependían de modificaciones históricas o de variaciones conceptuales. Pues a pesar de que todos estos conceptos constituyen parte de las herramientas metodológicas más notables del conocimiento, muy poco se ha hecho para dejar de interpretarlas como entidades que recorren distintos sistemas de pensamiento o, lo peor, como elementos que no requieren problematización histórica alguna. Así hablamos de la evidencia empírica, de la demostración anatómica, de la prueba matemática o del *test* experimental como si estos procesos de evaluación o validación de creencias hubieran surgido de manera espontánea durante el mundo antiguo y hubieran persistido en zonas más o menos privilegiadas del imaginario colectivo. Más aun, hablamos de la objetividad de la información, de la objetividad de los hechos o de los testigos sin que en ningún momento sepamos si la ausencia de subjetividad que se desea en las ciencias coincide con la que se busca en la esfera del consumo, en la justificación de la crítica de arte o en el ámbito del derecho.

En un texto sobresaliente, que reivindica además el carácter histórico del concepto, Lorraine Daston ha distinguido tres usos distintos del término «objetividad». El sentido ontológico, el epistemológico y el moral². El primero haría referencia al mundo tal y como es en sí mismo, con independencia de esquemas conceptuales o de modificaciones perceptuales. La objetividad en este primer sentido sería un atributo de las cosas en sí mismas. Una forma de realismo, que el filósofo norteamericano Hilary Putnam juzgaría metafísico, que sostenía que la verdad de nuestros enunciados sobre el mundo dependían de su correspondencia directa con la estructura de la naturaleza, de modo que ni la certeza, ni la convicción, ni ninguna otra categoría epistémica o pragmática

1 Donald Davidson: «El mito de lo subjetivo», en Davidson, *Mente, mundo y acción*, Barcelona, Paidós, 1992.

2 L. Daston: «Scientific Objectivity and the Ineffable», en Krüger y Falkenburg (eds.), *Physik, Philosophie und die Einheit der Wissenschaften*, Heidelberg, Spektrum Akademischer Verlag, 1995, págs. 307-331.

pudiera o debiera tomarse en consideración. Se postula así la existencia de realidades independientes de la mente, de las categorías culturales o de las formas sociales y lingüísticas que puedan utilizarse para conocerlas. En su forma más extrema, la naturaleza se construye no ya como el universo sometido a leyes de la tercera crítica kantiana, sino como una categoría ontológica susceptible de hablar sin necesidad de interlocutores o, como diría Bruno Latour, de existir sin necesidad de testigos.

El segundo sentido vendría a establecer ciertas condiciones que debe poseer el conocimiento para resultar adecuado. La objetividad podría querer decir, por ejemplo, que los objetos de la experiencia deben darse a los sentidos y pensarse mediante las categorías del entendimiento o, de un modo más particular, que deben poder expresarse en funciones numéricas que representen magnitudes. No en vano, en la mayor parte de las ciencias empíricas, y especialmente en el caso de la historia de la física o de la filosofía natural, los procesos de objetivación suelen explicarse por medio de la introducción paulatina de conceptos métricos o por la aceptación de un uso intersubjetivo de experiencias privadas. Este requisito de la conmensurabilidad como forma precisa de conocimiento objetivo se desarrolla a partir de tres procesos claramente relacionados. En primer lugar, la importancia que se concede a la comunicabilidad de los resultados frente a la intuición subjetiva o el mero e indescifrable *savoir faire*. En segundo lugar, la necesidad de obtener una replicabilidad en principio de los hechos experimentales. Una perspectiva que también acrecentó la diferencia entre el mundo de las artes y el universo de las ciencias, puesto que «*l'art c'est moi; la science c'est nous*», como escribía el fisiólogo francés Claude Bernard³. Sucedió así que el artista, al contrario que el científico, encontraba su valía precisamente en la circunstancia de que su obra es inimitable, mientras que el filósofo natural es digno de mérito tan sólo en tanto que el resultado de su trabajo pueda ser replicado en casi cualquier circunstancia. Finalmente, se considera que el desarrollo integral de las ciencias debe sostenerse sobre la introducción de un lenguaje matemático que permita operaciones algebraicas sobre valores numéricos.

La ausencia de objetividad ontológica o epistémica no evita que podamos hablar de una cierta objetividad moral, en la medida en que se establece una relación entre la objetividad y el desinterés, de modo que el conocimiento objetivo vendría a ser sinónimo de conocimiento desinteresado. No por casualidad, la objetividad se ha interpretado con frecuencia como una pérdida de perspectiva que ligada a otro conjunto de términos análogos como «desinterés», «imparcialidad» o «distanciamiento» postula una ausencia de subjetividad en el proceso de conocimiento. La universalidad de los saberes y de las prácticas experimentales parecen requerir el abandono deliberado de todo lo que nos es más propio para adoptar, en una notable constricción epistemológica, el punto de vista de ninguna parte.

Sin duda que muchos juzgarán esta clasificación como incompleta o inadecuada. Y Lorraine Daston tampoco pretende exclusividad en el análisis del concepto. La historia del pensamiento está repleta de textos emblemáticos sobre la objetividad como fin o como medio. Ernst Nagel, Richard Rorty, Jürgen Habermas, Donald Davidson o Nelson Goodman, han escrito libros y artículos con referencias explícitas o implícitas a la objetividad. Para los historiadores y filósofos de la ciencia, quizá uno de los más famosos de todos estos textos sea *Conocimiento Objetivo*, una obra en la que Karl Popper exponía las líneas maestras de su «epistemología sin sujeto»⁴. Igualmente notable fue

3 Citado por Daston: «Scientific Objectivity», en Krüger y Falkenburg (eds.), *Physik, Philosophie und die Einheit der Wissenschaften*, Heidelberg, Spektrum Akademischer Verlag, 1995, págs. 307-331. Pág. 322.

4 Popper, *Conocimiento objetivo*, Madrid, Tecnos, 1996.

el caso de Gillispie, quien consideraba la aparición de la objetividad como el momento decisivo de la profesionalización del conocimiento; algo muy en la línea de algunos otros autores que, como Thomas S. Kuhn, entendieron el tránsito de lo cualitativo a lo cuantitativo como un aspecto determinante del desarrollo normal de las ciencias⁵.

Por supuesto que la palabra «objetividad» es muy querida por los miembros del Círculo de Viena, aunque habría que discutir si esto no constituye un fenómeno extensivo a otras manifestaciones del pensamiento durante el período de entreguerras que hicieron coincidir, muchas veces debajo del mismo techo, a los partidarios de la *Aufbau* y a los seguidores de la *Bauhaus*. Después de todo, también en el ámbito de la reflexión estética apareció el movimiento conocido como «Nueva objetividad» (*Neue Sachlichkeit*) que proponía, como el lenguaje unificado de Otto Neurath, un rechazo a cualquier forma de intelectualismo que evitara una dimensión social, política o, si se prefiere, pública del arte.

Desgraciadamente, por restricciones de espacio, no hemos podido contar para este monográfico con ninguna contribución sobre el objetivismo o el subjetivismo estético⁶, pero sí con otros textos sobre aspectos tan diversos como la objetividad y la cultura (Cristina Santamarina), la objetividad y la metáfora (José Luis Villacañas), la apuesta por una verdad sin teología que propone Antonio Valdecantos o los grados de realidad de Javier Echeverría. Sin pretender ni mucho menos agotar el tema, hemos reunido en este número a muchos de los autores que estuvieron presentes en las Jornadas sobre la objetividad, a los que se han sumado otros nombres nuevos.

Es cierto que muchas de estas contribuciones abogan por un pluralismo axiológico u ontológico que limita en muy alto grado las pretensiones de objetividad del mundo y del conocimiento. Quizá el lector que se enfrente a estos u otros textos sobre la objetividad no termine de encontrar un argumento vinculante a favor o en contra de la necesidad o bondad de este concepto epistémico. Nada más lejos de nuestra intención que promover algo más que la clarificación histórica y analítica de las categorías o, en un sentido todavía más modesto, cuestionar mediante la historia y el análisis su supuesta universalidad y necesidad. Como en el caso de la imagen de William Hunter con la que abríamos este pequeño texto, queda al lector establecer hasta qué punto la objetividad se construye o se descubre, se inventa o se negocia, se conviene o se desprecia.

5 Gillispie, *The Edge of Objectivity. An essay in the history of scientific ideas.*, Princeton, New Jersey: University, 1965.

6 Para una visión muy general, véase por ejemplo, Wladyslaw Tatarkiewicz, *Historia de seis ideas* [1976], Madrid, tecnos, 1987, cap. vi: «La belleza: la disputa entre objetivismo y subjetivismo», págs. 231-257.